

Reflexiones al margen

LUIS ALBERTO GOMEZ DE SOUZA *

ENCUENTRO DE VARIOS ACTORES

Pasada la visita de Juan Pablo II queda la sensación de un terremoto social y espiritual. Hay que hacer un esfuerzo para no caer en una sobreestimación "triumfalista" de la importancia de la Iglesia y del carisma de su jefe. Un análisis crítico debe asimilar los aspectos fecundos del evento, sin masificarlos, sacando algunas conclusiones.

Pero no se puede negar la presencia fuerte de algunos actores. En primer lugar, la propia personalidad del Papa, vigorosa, telúrica, que reintroduce la idea de que el pontífice romano es una persona de carne y hueso, con entusiasmos, pasiones, vitalidad. Que ya no se oculta detrás del plural mayestático, ni aparece envuelto en una pompa renacentista con resabios de antiguos imperios persas. El Papa es un hombre como los otros y eso precisamente permite descubrir los talentos y la fuerza peculiares de Juan Pablo II. El sabe moverse en medio del pueblo, recibe las señales que éste le transmite y corresponde inmediatamente a ellas. Se da una comunicación directa, inmediata, propia de quien sabe ejercer el liderazgo.

Mas la fuerza del Papa debe verse también recubierta por la fuerza propia del Papado. Pueblo en gran parte católico, los brasileños se precipitarían a recibir al Papa que llegase, fuera el que fuera. Sólo que en este caso el papel representado se vió fortalecido por la eficiencia del actor.

La visita también sirvió para resaltar la fuerza de la pastoral renovadora de la Iglesia brasileña: El Papa siempre hubiera encontrado multitudes entusiasmadas, pero aquí se encontró con un pueblo cristiano y activo. Es claro que no todas las iglesias locales tienen el mismo dinamismo y un estudio comparativo mostraría los diferentes "estilos" de la visita de acuerdo a las diferencias pastorales. Una ciudad enorme, llena de apuro y actividad, con un clima lluvioso y plomizo como Sao Paulo, podría ciertamente haber presentado un recibimiento numéricamente significativo. Sin embargo la recepción fué apasionante, firme y creativa: "Juan, Juan, tú eres nuestro hermano". No se puede negar allí la fecundidad de una pastoral llena de vigor e imaginación. Y en Recife el Papa, a-

tento a las reacciones del pueblo, no pudo dejar de abrazar a Dom Hélder diciéndolo: "hermano de los pobres y mi hermano". Juan Pablo II fue sintiendo la vitalidad de tantas experiencias pastorales —y por contraste el inmovilismo de algunas otras— lo que le permitió sentir que estaba delante de una Iglesia en transformación. En la víspera de su encuentro con los Obispos, ocupó las horas de la noche reescribiendo un discurso cuya versión primitiva, elaborada en Roma, había quedado superada por la realidad. Allí, en Fortaleza, confirmó con entusiasmo la experiencia de la Iglesia brasileña y las orientaciones de sus obispos a través de la Conferencia Episcopal, signo, para él, de los pastores postconciliares.

Pero el acontecimiento tuvo otro gran actor. No sólo el Papa o la Iglesia, sino el pueblo brasileño. Muchos pensaban que Juan Pablo II sería recibido por un pueblo entusiasta, piadoso, pero no todos preveían la firmeza con la que el pueblo supo expresarse. Se ha hablado tanto de la inorganicidad del país —interesada constatación de todos los sectores autoritarios o populistas— que se ha llegado a creer esa falacia. País enorme, diversísimo, atomizado... pero que a nivel local tiene hecho un enorme camino de identificación y de organización. Eso no lo ven los tecnócratas de las ciudades, ni sus socios los científicos sociales, ni los políticos que prefieren la manipulación tradicional de sus clientelas, sean los que pretenden resucitar viejos liderazgos populistas ya descoloridos, sean los que sólo creen en las afirmaciones prefabricadas y rotundas de las vanguardias iluminadas.

Una lectura de la realidad a partir del pueblo descubre en todo el país, en el campo y en las periferias urbanas, un germinar de experiencias, la fermentación de miles de inquietudes e iniciativas llenas de creatividad e imaginación. Ese pueblo fué al encuentro del Papa hablándole de sus problemas: los obreros que gritaban "libertad" en Morumbi, los campesinos que señalaban sus sufrimientos, los indígenas que se negaron a participar en un acto folklórico, etc. Y en Teresina, geográficamente centro de la pobreza, apareció aquella pancarta que permitió a Juan Pablo II hacer su más bella oración: "Padre Nuestro, el pueblo

tiene hambre".

LA FECUNDIDAD DEL ESPACIO ECLESIAL Y SUS LÍMITES

Muchas veces se ha señalado, con razón, cómo en los años del pacto autoritario, al cerrarse la sociedad civil, sin sindicato autónomo, sin partidos representativos, sin organismos de base, sin libertad de prensa, el espacio de la Iglesia, "sociedad civil dentro de la sociedad civil" según Gramsci, fué ocupado por el pueblo como lugar de reflexión y organización, sin dejar de ser lugar de culto y de oración. Eso dió su fecundidad a las pastorales populares y a las comunidades de base. Muchos pensaban que eso terminaría con la apertura política: hasta ciertas crisis parecían anunciarlo. Incluso algunos agentes pastorales lo supieron aceptar y adaptarse a los nuevos tiempos en los que otros espacios —más propios para cierto tipo de acciones— comenzaban a aparecer. Para algunos el espacio eclesial quedaba superado por los nuevos frentes de trabajo: partidos, sindicatos, etc. La propia fragilidad del aperturismo se hizo evidente con ocasión de la huelga de los metalúrgicos de Sao Paulo cuando la Iglesia fue una vez más el espacio posible de reunión.

La fecundidad de la visita del Papa, nos obliga, sin embargo, a profundizar más el análisis y a descubrir que la importancia de la Iglesia en la vida social del país no se debe sólo a las circunstancias coyunturales restrictivas. Hay algo más profundo que permanece, algo que está en el interior de la crisis de hegemonía de las clases dirigentes y del largo camino recorrido hacia una nueva hegemonía de las clases populares. Los mensajes, los valores, los programas y las palabras de orden que llegan a esos sectores populares, les muestran la incomprendibilidad y la falta de sentido de lo que se hace fuera de su propio movimiento social.

En primer lugar, el discurso y las propuestas de los sectores modernos, los programas de los técnicos y de la tecnocracia coherentes en función de su lógica interna, sofisticados y satisfactorios para el que los produce y para el pequeño público que convive con él en las áreas del poder o del saber, son recibidos con perplejidad y total incompreensión por los sectores populares. Es más que un

simple rechazo. Para rechazar es preciso al menos entender. El discurso moderno tiene un código que no dice nada fuera de las fronteras de su propio mundo. La crisis económica tal como es analizada, la inflación, la deuda externa, en el lenguaje cifrado de los hechiceros estructuralistas o monetaristas, aparecen absolutamente ininteligibles, hasta irrelevantes. Y el pueblo se busca otro lenguaje, otros símbolos, otros valores.

Está lejos el tiempo de la sociología modernizante, tan simplista, con su esperanza en el paso de lo tradicional a lo moderno y racional. Lo moderno y lo tradicional se encerró en el gremio de los ricos, a su servicio. También los sociólogos de la secularización —esos nuevos positivistas— profetizaron con satisfacción que la religión perdería su prestigio delante de la ciencia. Ahora están boquiabierto frente a la fecundidad de lo religioso, y así continuarán hasta que dejen de lado sus marcos teóricos de la sociología funcionalista o estructuralista.

Por otra parte, ciertos sectores de la izquierda también quisieran llegar al pueblo con soluciones terminadas, sacadas de los manuales, elaboradas en cenáculos, por personas convencidas de la idea antidialéctica de que la conciencia popular tiene que ser transformada a partir de fuera de ella, por obra y gracia de los intelectuales que darían la línea "correcta". Hay en las vanguardias un moho mesiánico, pero no tienen la radicalidad de ofrecer una propuesta que sea nueva y llamativa. Hasta a veces se les infiltra un tecnócrata propio de los países autoritarios del Este. Y el pueblo sigue perplejo, viendo llover palabras de orden, totalmente ajenas a su sensibilidad y a sus aspiraciones.

Tampoco del lado de las posiciones terceristas van a venir las respuestas. Frases como "ni oriente ni occidente", "ni capitalismo ni socialismo" son muy vagas... o tan occidentales y capitalistas, que esas banderas democristianas o socialdemócratas, a lo más sirven para tranquilizar la buena conciencia de los sectores de la clase media que no quieren arriesgar demasiado.

Entonces... ¿Dónde podrá canalizar el pueblo su potencialidad creativa? El pueblo necesita de instrumentos políticos y sociales. ¿Pero cuáles son? Esta pregunta angustiante la repite el pueblo de mil maneras, en mil lugares. Sobre todo allí donde él se encuentra más a gusto, en su comunidad local, en su mundo religioso. Lo pregunta a la Iglesia como se lo preguntó al Papa. El espacio eclesial sigue siendo el lugar fundamental de la reflexión y de la autoconciencia.

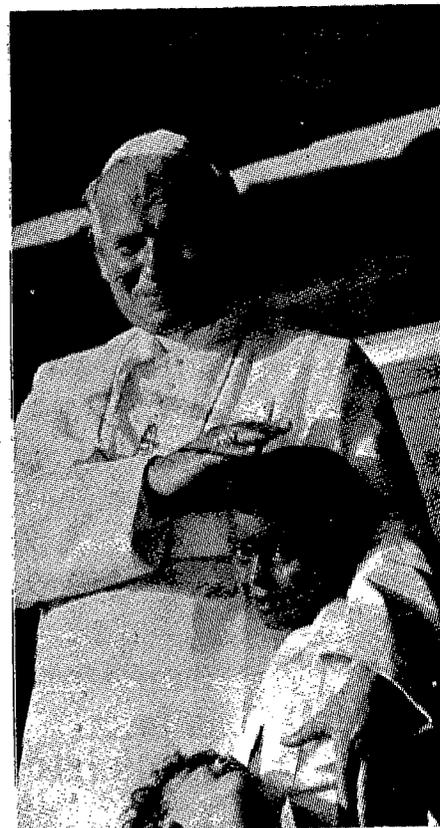


Pero aquí es donde radica la dificultad de la cuestión. La respuesta no vendrá del Papa ni de la Iglesia. ¿Acaso hay una solución cristiana para los problemas técnicos? Solamente llega una sugerencia: "Ustedes, pueblo, son los artífices de su propia sociedad". Las ideas de dignidad humana, justicia, opción por los pobres dan un clima de autoconfianza que ni los modernizantes ni los vanguardistas saben dar. Es sobre todo una llamada a la responsabilidad de cada uno, un estímulo a la capacidad creativa de los sectores populares. Es como si la Iglesia abriera un **horizonte utópico**, sin determinar sus límites.

Claro: inmediatamente aparecen los límites de una tal perspectiva. Hay que transformar los anhelos en programas, las posibilidades en estrategias. No bastan la buena voluntad o la confianza. Faltan las insustituibles mediaciones de la organización política, de la teoría social, de los programas, de las estrategias y las tácticas. Esas mediaciones no existen como cosa hecha, deben ser reelaboradas y experimentadas en espacios propios del pueblo.

En este punto una sobreestimación del papel de la Iglesia pasaría a ser algo negativo. Frente a la incomunicación de los tecnócratas y una cierta crisis de las vanguardias políticas, algunos pueden creer que la Iglesia tiene las soluciones. Se da una lectura neo-integrista de los textos papales muy engañosa, que los presenta como parte de un programa de acción determinado. La Iglesia no es portadora de una propuesta alternativa en lo político, aunque ciertamente presta elementos para cuestionar las propuestas que las fuerzas sociales van creando. El Papa no trajo respuestas políticas ni ideologías concretas, porque no es su papel hacerlo. Pero no por eso dejan de ser indispensables. No nos podemos quedar en el terreno de los grandes principios ni en el de las buenas intenciones.

¿Cómo avanzar, entonces?: éste es el desafío para las clases populares; a través de sus prácticas sindicales y políticas, tienen que ir encontrando las respuestas, cuestionando las propuestas que se les presenten. Ahí es donde la Iglesia debe descubrir, su propio límite, donde comienza el trabajo práctico y teórico del movimiento popular. Ella debe siempre recordar algunas dimensiones indispensables, los valores de la libertad, de la participación y de la justicia, pero no llega a concretarlos en programas. Así reencontramos la necesidad del partido, del sindicato de la junta de vecinos, de la asociación de barrio como lugares donde no están las respuestas prefabricadas, pero donde deben ser permanentemente hechas y rehechas.



LA DIFÍCIL SUPERACION DE LOS REDUCCIONISMOS

El Papa, desde el inicio de su visita, recordó que el cristiano no debe reducir su acción a lo socio-político. Algunos se alegraron viendo ahí una censura. No se daban cuenta de que indicar que lo socio-político no era la única dimensión era un indicio de lo mucho que se ha progresado. Hace pocos años los documentos sociales de la Iglesia, insistían en que el cristiano se comprometiera a fondo en los problemas temporales. Si hoy hay que decir que no basta limitarse a ellos, es porque la respuesta que se dió a ese llamado ha sido vigorosa. No se trata de volver atrás, sino de ir adelante, superando el riesgo de reducir la totalidad a uno de sus aspectos. Si se nos recuerda el peligro de un reduccionismo temporal es porque hay una presencia fuerte de la Iglesia en el mundo. No hace mucho la tentación —presente aún en los sectores más tradicionalistas— era el reduccionismo espiritualista. El Magisterio tendrá siempre la insustituible misión de llamar la atención sobre las simplificaciones, pero no en nombre de un "término medio" tibio e inocuo, sino en nombre de un caminar cada vez más complejo y abarcador.

Pero hay en los textos del Papa el recuerdo de un hecho aún más radical: la **dimensión irreductible de la Fe**. Aunque ella ilumine proyectos históricos, señala también otra cosa que apunta más lejos que la misma historia. Esta dimensión última no solamente permite criticar y relativizar cualquier solución posible —y en eso puede ser profundamente revolucionaria) sino que no se agota en los horizontes del tiempo. El seguimiento del Jesús histórico es ya presencia de lo divino entre nosotros. Hay "algo más" en el testimonio de la Iglesia, que es el signo incommensurable de un Dios trascendente. Los mismos teólogos tienen dificultad para articular tan complejas dimensiones de lo real. Pero el pueblo sencillo sabe esas cosas cuando reza y cuando lee la Biblia. Pone siempre lo suyo, lo cotidiano, sus anhelos y sus luchas, a la vez que es sensible a la enorme sombra de misterio que rodea todas las cosas.

AHORA, DESPUES DE LA VISITA

El Papa confirmó, especialmente en su alocución en Fortaleza, los nuevos rumbos de la práctica pastoral de la Iglesia brasileña, tal como aparece en los do-

cumentos de la Conferencia Episcopal. El pueblo mostró con claridad que una buena parte de él se siente identificado con esa práctica. Dió muestras de que ya no es un elemento pasivo en el escenario eclesial, social o político.

Falta mucho por hacer. La Iglesia aún debe desempeñar un papel esencial junto a los sectores populares ayudándoles a organizarse y crecer. Debe al mismo tiempo, reconocer sus propios límites en ese plano y precisar siempre que eso no agota su misión.

Aunque los grupos de poder intentarán utilizar en su provecho la visita del Papa, el dinamismo provocado fue tan intenso que será difícil manipularlo. Usarán textos aislados, intentarán reinterpretar gestos, pero la táctica más probable será la de tratar de dividir e intimidar.

Un balance crítico de lo sucedido no debe llevar a la autosatisfacción, sino a continuar hacia adelante, creando y recreando prácticas pastorales. La palabra del Magisterio no se recibe para ser repetida, sino como confirmación para animar nuevas experiencias.

El Papa reconoció el dinamismo de la práctica pastoral brasileña. Queda el desafío de hacerla aún más eficaz.

EL PAPA EN BRASIL

Resultados del viaje

WASHINGTON URANGA**

Muy variadas pueden ser las conclusiones de la visita de Juan Pablo II a Brasil, según el ángulo desde el cual se haga el análisis. Doce días de recorrido, trece ciudades visitadas, y 36 horas de exposiciones públicas, del propio Papa dan, sin lugar a dudas, para muchos análisis.

Sin embargo, obligados a sintetizar los principales resultados de este viaje papal me limitaré a señalar dos aspectos; el incuestionable respaldo que Juan Pablo brindó a la Iglesia de Brasil, a sus obispos, a su acción pastoral y el enorme protagonismo que el pueblo católico brasileño demostró durante los doce días que acaban de transcurrir.

* Luis Alberto Gómez de Souza, Sociólogo brasileño del Centro João XXIII, Consultor de los Obispos del Brasil.

** Washington Uranga profesional periodista, destacado en el Brasil para cubrir el viaje del Papa.

FORTALECIDA LA IGLESIA DE BRASIL

El final de la visita de Juan Pablo II nos muestra a una Conferencia Nacional de los Obispos (CNBB), sumamente fortalecida.

Y este es un hecho importante:

La CNBB es, hoy por hoy, en América Latina y quizás en el mundo, la expresión colegial de un episcopado que se ha caracterizado por su compromiso con el pueblo, por la valentía con la cual asume sus tareas de denuncia, y de anuncio del Evangelio desde las angustias y las necesidades del pueblo.

Esta posición de los obispos de Brasil, ampliamente reconocida dentro y fuera del país, ha tenido un amplio respaldo de las bases populares, del pueblo organizado en las comunidades eclesiales de base, de los trabajadores metalúrgicos del cordón industrial de San Pablo, que han sentido la solidaridad manifiesta de la Iglesia, de los obispos.

Pero, al mismo tiempo, esta posición trajo como consecuencia que los obispos de Brasil, y la CNBB en forma particular, se hayan convertido en blanco de los ataques de muchos otros, especialmente de los detentores del poder, e incluso del Gobierno.

Dos meses atrás, cuando la huelga metalúrgica de San Pablo estaba en su apogeo, la Iglesia, y muy directamente Monseñor Claudio Humes, Obispo de Santo André, estaba junto a los trabajadores, compartiendo con ellos solidariamente sus luchas.

La CNBB; la instancia más alta de la Iglesia de Brasil, apoyaba la postura.

La respuesta gubernamental fue terminante.

El propio presidente, general Joao Baptista Figueiredo, dijo públicamente que "la CNBB no es la Iglesia de Brasil".

Por otra parte un juicio político le fue iniciado a Dom Claudio Humes.

No pocos eran los que esperaban,